

le aterrorizaba aquella sombra densa que estaba delante de su alma. Una sombra que le hacía invisible hasta la luz de sus propias plegarias.

Un profeta que vió su miseria, oró a Dios para que volviese la vista a este ciego infeliz.

Y Dios dijo: Sólo un gran sacrificio puede salvar a este hombre.

El profeta repuso: Toma uno de mis ojos y haz que este hombre vea.

Y Dios: Pero solo vería un lado de las cosas. Si el ciego se contenta con ello, serás complacido. Mas el ciego

decía: «¿De qué me ha de servir ver un lado tan sólo de las cosas?»

Y el profeta: Bien, daré mis dos ojos.

Y así, en verdad, arrancó con sus dedos sus dos grandes ojos y los entregó a Dios.

El ciego vió de pronto, como si despertara de un sueño. Volvió a ver su casa, su familia, sus amigos, y el profeta vió por primera vez la majestad, la gloria y la bondad de Dios.

RÓMULO TOVAR

## Paisajes nativos

Para la señorita Muriel Morales.

DESDE lejos la iglesita parece un palomar; ya de cerca se nota la fachada, las torrecitas y el jardín. Al frente está la plazuela, a un lado el camino y al otro el bosque. Las neblinas pasan por aquí y el viento pone susurros y silbidos en las ramas y en las hojas. Hay estremecimientos en la floresta y su ritmo es armonioso.

La escuela está en frente: parece una fronda, toda adornada con plantas y cuadros, como para una fiesta; se diría que es la continuación del bosque cercano.

Los pupitres de esta escuela son pocos y los niños, bastantes; se acomodan hasta dos y tres. Es tan baja la casa que cuando me levanto del asiento me parece que con la cabeza toco el techo. Sin embargo, el aire aquí sobra; se siente uno contento.

Por la plazuela pasan las mujeres con las enaguas recogidas, mostrando las pantorrillas blancas, y con los calabazos, llenos de agua, en el cuadril. Las gallinas cacarean en la vecindad y los cerdos duermen, a lo largo, en el corredor.

En la lejanía se perfilan las crestas de las montañas; estas montañas azules que desde niño contemplo y venero como si fueran templos milenarios de algún Dios.

La maestra es casada y tiene el rostro lánguido: me cuenta que no ha dormido la noche anterior; las gentes ebrias han estado de juerga allí en el corredor y su marido ha tenido que estar toda la noche sofocándolas. «Aquí hay mucho contrabando—me dice—, por donde quiera hay tarantines, y eso está perdiendo este lugar. Muchos de estos niños beben diario licor y muchos padres se han molestado porque les llamo atención».

Los niñitos están sucios y despeinados, las niñitas no tanto. Sólo unos dos tienen aspecto de estar sanos. Los demás son enclenques y canijos. El

alcohol, señores, el alcohol ¡Maldito sea!

Para que estos niños estuvieran limpios, me digo, para que pudieran apreciar esta belleza rústica que se infiltra hasta el corazón; para que a la vera del camino o bajo los árboles del bosque pudieran más tarde leer a mi amado maestro Virgilio o a Teócrito o a Longo. Pero no, siempre la realidad será la fuente del desencanto, y sólo la ilusión, la divina ilusión, pondrá sobre nuestro pensamiento el sello imperial de la suprema armonía y de la belleza eterna.

ESTOY en un delicioso rincón de mi pueblo, que bien pudiera ser de la Arcadia. Me rodea la neblina que ya quiere convertirse en lluvia.

Al entrar en la escuelita rural un niño me saluda y dice, señalando mi caballo: «Qué gordito que está; parece una albóndiga».

Después me vengo a almorzar a pleno campo, bajo la neblina y en compañía de mi caballo. Aquí a mi lado está, comiendo zacate y algo de lo que yo le doy. En mi mano le sirvo de la sal de mi almuerzo, azúcar y bananos. Mucho le gustan los bananos: repite varias veces y luego se queda mirándome, sin duda quiere más. Es como esos chiquillos golosos, como el mayor de los míos, que no se cansa nunca de comer frutas. En cambio le ofrezco arroz, carne o queso y no acepta.

A uno y otro lado del camino están los árboles cubiertos de orquídeas y de musgo. Esta es la tierra del musgo: crece por todas partes, hasta en los postes y en los alambres de las cercas.

Los yigüirros, los jilgueros, los motillos, los monjos y las chirrascuaces llenan con sus cantos el ambiente.

Torna mi pensamiento a los días primitivos de la infancia del mundo y

siento como un soplo de eternidad en mi corazón.

Ninguna pena, ningún encono, ningún agravio, sólo esta neblina, esta «chilampa», que dicen los campesinos, que pasa y deja sobre zacate, sobre los árboles y sobre mi cabeza, las perlas de su rocío.

J. J. SALAS

## Mirando hacia atrás

LOS astrónomos de la Universidad de Harvard han estado observando con vivo interés una conflagración celeste que tuvo lugar hace 200,000 años. Este cataclismo ocurrió hace ya tanto tiempo, que los rayos de luz hasta ahora están llegando a la Tierra. Ellos vienen de una nueva estrella, la «Nova Aquila», que hace dos años apareció en el cielo, en la constelación conocida con el nombre de Aquila. Según esos astrónomos, esta Nova fué probablemente producida por la colisión de una pequeña estrella errante en el espacio, con lo que se conoce como una nebulosa negra o sea un grupo de estrellas que no tienen luz propia. Cuando la estrella chocó con la negra nebulosa, la fricción de su paso causó una gran brillantez o explosión que inflamó el resto de la nebulosa. Esta iluminación, durante dos años, con la velocidad con que la luz atraviesa el espacio, era todavía tan pequeña que requería un gran telescopio e instrumentos astronómicos muy sensibles para medir su tamaño. Los astrónomos de Harvard estiman que la medida del tamaño aparente de esta mancha, indica que el fulgor tiene 217, 120 años de luz, o en otros términos, que 217, 120 años se han necesitado para que los rayos de su luz salven esa distancia.

Un año de luz o la distancia que recorre un rayo de luz durante doce meses es próximamente 5.781,600.000,000 de millas. Este número, multiplicado por 217,120, daría poco más o menos, la distancia a que la Nova Aquila se encuentra de la Tierra. Declaran los astrónomos que pocas estrellas visibles se conocen que estén más lejanas de la Tierra que ésta. Esta es una de las más largas distancias medidas hasta hoy.

E. P.

(The Foreign Press Service. Nueva York).

Si Ud. necesita de mis servicios como ABOGADO, búsqume en la oficina del Lic. don Carlos Brenes Ortiz.

Apartado de Correos 540 ROMULO TOVAR  
SAN JOSÉ, C. R.